

Escribiendo etnografías en tiempos de fake news

Desmond, Matthew (2016). *Evicted. Poverty and Profit in the American City*. New York: Crown Publishers.
Goffman, Alice (2015 [2014]). *On the Run. Fugitive Life in an American City*. New York: Picador.
Lubet, Steven (2018). *Interrogating Ethnography. Why Evidence Matters*. New York: Oxford University Press.

En los últimos años, una cantidad creciente de investigaciones sociológicas han utilizado la etnografía como método de investigación. Aunque tradicionalmente asociada a la antropología, son también los sociólogos quienes se han sumergido en nuevos mundos para observar de primera línea lo que allí ocurre y luego documentarlo en un texto que, descriptivo y analítico, revela dinámicas sociales antes desconocidas para investigadores y para el público en general. Un siglo después del auge de la Escuela de Chicago, considerada precursora en la utilización de la etnografía en sociología, y luego de lo que se llamó la «crisis de la representación» en ciencias sociales a fines del siglo XX, es en un contexto de abundancia de información producida por múltiples y diversas fuentes que se desarrollan las etnografías contemporáneas. En tiempos de neoliberalización del conocimiento y de la proliferación de *fake news*, la etnografía es particularmente cuestionada respecto a su capacidad de producir conocimiento fiable y que se encuentre en ruptura con el sentido común. Los libros reseñados en este ensayo bibliográfico (Desmond, 2016b; Goffman, 2015 [2014]; Lubet, 2018) se inscriben, de diversas maneras, en este tipo de reflexión.

En el año 2014, Alice Goffman publicó *On the Run*, una etnografía proveniente de su tesis doctoral sobre un barrio predominantemente negro y marginal de la ciudad de Filadelfia. Luego de pasar seis años viviendo en ese barrio, la tesis principal de Goffman es que los jóvenes negros que allí viven se encuentran permanentemente escapando de los tribunales penales y de la policía. Se trataría de una «comunidad fugitiva», pues no parece haber escapatoria para estos jóvenes: toda la *sociabilidad* del lugar, en el sentido simmeliano de la palabra, se encuentra estructurada por la presencia del sistema de justicia. En su libro, Goffman describe cómo los jóvenes, desde muy pequeños, aprenden a temer a la policía, cómo el lenguaje de los tribunales penales se convierte en lenguaje cotidiano, cómo los miembros de la familia y las parejas de estos jóvenes aprenden a lidiar con interrogatorios, y cómo los hitos del sistema de justicia penal se imbrican, finalmente, con otros eventos de la vida diaria de la comunidad.

El libro de Goffman generó gran revuelo en el mundo académico y fue tanto halagado como criticado. Una de las críticas más punzantes que recibió *On the Run* es, quizá inesperadamente, de orden factual, y nos lleva al libro de Lubet, *Interrogating Ethnography*. Lubet, profesor de derecho, escribió una reseña de *On the Run* en la que denuncia que los hechos descritos por Goffman constituían suficiente prueba para una acusación de un crimen en el que la autora habría participado (Lubet, 2015). En un momento dado, Goffman describe que acompaña a uno de sus informantes a llevar a cabo un plan, finalmente frustrado, para asesinar a un miembro de una banda opuesta. Luego de una serie de intercambios entre Goffman

y Lubet, así como múltiples debates en el mundo académico, Lubet publicó en 2018 *Interrogating Ethnography*, que analiza un gran corpus de etnografías urbanas norteamericanas, en el que considera a *On the Run* como una de las etnografías menos documentadas, y a *Evicted*, el tercer libro reseñado en este texto, como una de las etnografías más rigurosamente documentadas que ha leído (Lubet, 2018: xv).

Desmond, profesor de sociología, escribió *Evicted* a partir de su investigación sobre los desahucios y desalojos que afectan a familias pobres en Milwaukee, también en Estados Unidos. Desmond pasó tiempo tanto con las familias como con los arrendadores y encargados de la administración de *trailer parks*, llevando a cabo un tipo de etnografía que ha definido como de tipo «relacional» (Desmond, 2014). El objetivo de la etnografía, para este autor, no es entonces dar cuenta de un lugar en particular, como si estuviera aislado, sino de un tipo de relación. En este caso, de la relación de explotación que existe entre propietarios y arrendatarios, razón por la que incluye en su trabajo los puntos de vista y las experiencias de ambos tipos de actores. *Evicted* nos muestra las dificultades cotidianas de familias pobres por obtener, y mantener, una vivienda, así como las preocupaciones, trucos y prácticas de los arrendadores para sacar el máximo beneficio, la mayor parte de las veces sin que sea necesariamente su intención, de la pobreza de sus arrendatarios.

Probar... ¿más allá de la duda razonable?

A partir de la lectura de una serie de etnografías urbanas llevadas a cabo en Estados Unidos, Lubet cuestiona su exactitud y precisión al dar cuenta de las realidades que describen. En el contexto de una etnografía, ¿qué hacemos con lo que nosotros mismos no observamos pero que nos es reportado por las personas con las que nos entrevistamos? ¿Tomamos como verdadero lo que nos cuentan estas personas (sobre ellas mismas o sobre otros)? ¿En qué medida imposibilitar que los lectores puedan reconocer a las personas o a los lugares estudiados es siempre necesario y atenta contra las posibilidades de verificación de los resultados de la investigación? ¿Debemos participar en actividades que puedan ser consideradas como criminales pero que forman parte de lo que se hace en nuestros terrenos de investigación? Estas son algunas de las preguntas a las que responde Lubet en su libro, proponiendo que las etnografías sean sometidas a un análisis riguroso respecto a su capacidad para efectivamente *probar* lo que sostienen y presentar *evidencia* al respecto.

Lubet desarrolla en su libro, entonces, la idea de un «juicio etnográfico» (*ethnographic trial*) como un modelo de reflexión respecto a la calidad de una etnografía, en el que se intentaría establecer si esta logra (o no) mostrar que lo que sostiene es cierto y no el resultado de las preconcepciones, sesgos y prejuicios de su autor. En un *ethnographic trial*, por ejemplo, surgirían preguntas respecto a la veracidad de algún hecho descrito en el relato etnográfico o a la credibilidad de alguna de las personas entrevistadas. Las intenciones de Lubet son legítimas: en una etnografía sería posible, más que en el caso de otras metodologías, repetir generalidades, rumores e ideas vagas con las que nos vamos encontrando en nuestras interacciones cotidianas en las realidades que estudiamos. Al cuestionar la calidad de las *pruebas* con las que contamos, estamos invitados a cuestionarnos respecto a la rigurosidad de nuestra investigación, a la manera en la que analizamos nuestras notas de campo y a la necesidad de comparar nuestros descubrimientos con otros datos producidos independientemente de nosotros sobre el tema que nos interesa (fuentes secundarias). Según Lubet, los etnógrafos deberían, en lo posible, chequear independientemente sus afirmaciones, proveer el máximo de información sobre sus intercambios con informantes (señalando, por ejemplo,

la fecha de una conversación) y dudar sistemáticamente de lo que les cuentan, y no observan directamente, en el terreno.

Aunque *Interrogating Ethnography* es una obra estimulante para quienes hacen etnografías, pues ofrece una serie de ejemplos prácticos y concretos del tipo de decisiones y desafíos a los que se ven confrontados los etnógrafos, algo en ella parece fallar al intentar hacer un paralelo entre la lógica jurídica de apreciación de la evidencia, por un lado, y la lógica propia a la etnografía, y a las ciencias sociales en general, por el otro. En las instancias judiciales, es la calidad de la evidencia o de las pruebas lo que determina las estrategias que adoptarán las partes, y no necesariamente lo que haya realmente ocurrido. En otras palabras, en un juicio, poco importa la verdad si las pruebas no están disponibles o si la evidencia parece mostrar lo contrario de lo que ocurrió; los constantes cuestionamientos a la evidencia forman parte de la tecnología jurídica para establecer una verdad jurídica, pero no una verdad factual, aunque pueda existir un estrecho vínculo entre ambas. Las lógicas del derecho no son definitivamente las mismas que las de la etnografía. Así, por ejemplo, Lubet reprocha a Goffman haber reportado en su libro como real algo que sería solo un rumor: que la policía haría turnos fuera de los hospitales de barrios negros pidiendo identificación a los hombres jóvenes con el fin de arrestar a aquellos que tuvieran órdenes de detención pendientes. Lubet cita una serie de fuentes y sostiene, convincentemente, que esto no es cierto. Quizá no se trate de una práctica generalizada, quizá hay otras razones que llevaron a los arrestos de los jóvenes precisamente en hospitales, quizá se trata de una percepción extendida entre las personas con las que compartió Goffman, y no un protocolo de la policía, o quizás Goffman se confundió en sus observaciones. Sea cual sea la razón que explique que tanto Goffman como Lubet afirmen cosas completamente opuestas, la tesis central de Goffman, el resultado de su investigación, no se ve afectado.

Y es que las etnografías intentan fundamentalmente llegar a una *verdad* sobre el mundo social que no es de orden estrictamente factual, sino científico, es decir producida a través de métodos establecidos y definidos de organización de la experiencia de la investigación. El problema con la etnografía es que el método es, en sí, definido por su capacidad de improvisar y de adaptarse a situaciones tan predecibles como impredecibles, tanto para quienes las investigan como en relación a las ideas preconcebidas (o teorías) que tengamos respecto de estas mismas situaciones. Las grandes preguntas a las que se enfrentan los etnógrafos no apuntan tanto a la *veracidad* de los hechos que relatan como a la calidad de la organización de sus ideas y de las conexiones que puedan establecer entre los hechos que dicen haber observado y las grandes tendencias de la sociedad que constituyen el objeto de su investigación. En este sentido, las principales críticas que se han hecho del libro de Goffman tienen que ver con la generalización que hace de la situación de un grupo de jóvenes particularmente involucrados en actividades criminales y violentas a toda una población que, sin importar lo que hagan, es arbitrariamente sobrevigilada por la policía y el aparato de justicia criminal. Es la crítica de Ríos (2014), quien reprocha a Goffman haber reproducido estereotipos sobre jóvenes negros (como involucrados en actividades criminales y violentas) en vez de haber descrito el proceso de *hyperpolicing* de los barrios negros norteamericanos. Esta crítica es extremadamente pertinente y apunta directamente a la calidad del trabajo de Goffman como resultado de un proyecto etnográfico: sus descripciones no nos servirían para entender la encarcelación y persecución penal masiva y desproporcionada de jóvenes negros en Estados Unidos, que es lo que ella pretende tratar como objeto de estudio.

El trabajo de Desmond es elogiado por Lubet por sus virtudes en el tratamiento y en la presentación de los datos. *Evicted*, en efecto, incluye una serie de datos cuantitativos e información de registros judiciales e institucionales en su argumentación, lo que no hace Goffman. Sin embargo, no es la cantidad de datos oficiales, la credibilidad de sus informantes o el hecho de que Desmond haya utilizado los servicios de una *fact-checker* lo que hacen de *Evicted* un trabajo mejor logrado. Esto se explica, probablemente, porque Desmond nos cuenta lo que ocurre tanto en la vida de arrendatarios como arrendadores, porque el vínculo entre las experiencias cotidianas de las personas y el problema de la vivienda para las mujeres pobres negras en las ciudades norteamericanas está claramente establecido, o simplemente porque la lectura del relato de Desmond transmite la experiencia de la pobreza de forma más plausible y vívida. Sea cual sea el caso, ambas etnografías pueden ser juzgadas por criterios que no tienen que ver con la exactitud de las situaciones que describen, sino por su calidad como producciones de conocimiento sociológico. Y lo han sido. Sobre todo, *On the Run*, quizá excesivamente. De hecho, y aunque esto va más allá de los objetivos de este ensayo bibliográfico, una de las grandes críticas que se hizo al trabajo de Goffman fue el haber pretendido «camuflarse» con el grupo de jóvenes hombres negros sobre el que trata el libro, siendo ella blanca y procedente de una familia acomodada. Cuesta entender, al comparar su trabajo con el de Desmond, que no se haya hecho la misma crítica a un etnógrafo blanco que intentó comprender y describir situaciones complejas vividas por mujeres negras, con vidas y orígenes muy distintos de los del autor de *Evicted*. Sea como sea, con o sin *fact-checker*, lo único que tenemos para creer a Desmond sus descripciones desgarradoras de situaciones vividas por mujeres en busca de un hogar para sus hijos, es su palabra. Y si la falta de exactitud, o de estadísticas, de datos oficiales o de artículos de prensa para apoyar lo que decimos como etnógrafos es a veces un precio a pagar por describir situaciones de injusticia en toda su complejidad, bien vale la pena este coste.

Etnografías y sociología pública

Una etnografía es tanto la metodología utilizada para producir y analizar los datos como el producto o el texto que describe y articula estos resultados, y que es publicado. La escritura del relato etnográfico es una etapa más del análisis de los datos. Alice Goffman organiza su texto en siete capítulos que tratan de un tema en particular de la vida de los jóvenes de la «sexta avenida», nombre ficticio que dio al lugar en que llevó a cabo el estudio, y cada capítulo coincide con una línea de análisis en particular. El primer capítulo es una presentación general de los jóvenes; el segundo trata del «arte de escapar» constantemente de la policía y de los agentes de control; el tercero, de las estrategias de la policía para dar finalmente con los jóvenes que buscan (a través de miembros de su familia, por ejemplo); el cuarto, de la utilización estratégica de los problemas legales por parte de las personas con las que se relacionó; el quinto, de las relaciones (románticas, familiares, etc.) que pueden establecer quienes son buscados por el aparato de justicia criminal; el sexto, del mercado del trabajo que se vuelve disponible para quienes son constantemente buscados por la policía y, finalmente, el séptimo capítulo trata sobre la *clean people*, aquellas personas que no tienen antecedentes criminales. Goffman habla siempre en primera persona y la *methodological note* que cierra el libro definitivamente se «lee incómodamente» (Benson, 2015).

Desmond, al contrario, presenta su investigación a través de una serie de pequeños relatos (veinticuatro), en los que describe diferentes momentos de la vida de algunas de las personas que conoció en su investigación. En *Evicted*, leemos entonces sobre cómo Sherre-

na, una arrendadora, decide especializarse en rentar departamentos a familias negras pobres, cómo decide expulsarlas cuando ya no pueden pagar la renta, cómo se maneja con los tribunales de vivienda y cómo presiona a los arrendadores para que paguen la renta. También leemos sobre cómo familias pobres gastan una gran parte de sus ingresos en pagar la renta (y una gran parte de los beneficios que reciben desde las instituciones públicas), sobre cómo el dinero de la renta compite con el de la comida para los niños de estas familias y sobre cómo son los desalojos, con los trabajadores de la mudanza poniendo las cosas de estas familias en la calle. Luego de la lectura de *Evicted*, entendemos cómo las expulsiones afectan predominantemente a las mujeres negras y cómo el mercado de la vivienda (en Milwaukee y en otras ciudades norteamericanas) se apoya en la explotación de familias negras pobres. Los propietarios de viviendas en barrios marginalizados y *trailers parks* no ganan dinero a pesar de la pobreza de sus arrendatarios, sino *gracias* a ésta (Desmond, 2016a); *Evicted* nos muestra las situaciones cotidianas que articulan y hacen posible esto.

Tanto los libros publicados por Goffman como Desmond se convirtieron en éxitos de ventas. El *New York Times* publicó largos artículos sobre ambos trabajos (Lewis-Kraus, 2016; Senior, 2016). Alice Goffman hizo un *TED Talk* que ha sido visto por más de un millón y medio de personas. Barack Obama incluyó a *Evicted* en su lista de libros preferidos. Solo al observar la cantidad de artículos que se han publicado sobre estas obras es posible constatar que han tenido muchos más lectores que muchos otros trabajos en sociología. Es un riesgo, ciertamente, que las lógicas de mercado influyeran en la publicación de un trabajo científico para que se convierta en un *best-seller* (Martin, 2016), y la lógica de mercado nos lleva a preguntarnos respecto a quiénes tienen más posibilidades de ver su trabajo publicado y, sobre todo, extensamente leído (¿por qué *On the Run* fue más publicitado y comprado que *Punished* (Ríos, 2011), si ambos trabajos tratan sobre temas muy parecidos?). Sin embargo, es innegable el potencial de este tipo de investigaciones sociológicas para develar, dar cuenta y denunciar dinámicas sociales y realidades que el resto de la población, antes de su realización, simplemente no conocía. Estas etnografías, con todas sus debilidades, y con las discusiones que les siguieron, definitivamente nos enseñaron sobre pobreza urbana en barrios marginalizados en Estados Unidos. Y no solo sobre cómo la viven los individuos en su vida cotidiana, sino también sobre cómo estas situaciones cotidianas están relacionadas con dinámicas de opresión y explotación por parte del Estado, la policía o los rentistas. Por supuesto que es necesario que estos textos sean escritos de buena fe y que sus autores sean rigurosos y sistemáticos en la aplicación de la metodología¹. Mal que mal, de eso se trata precisamente el trabajo de un etnógrafo.

En tiempos de *fake news*, no es precisamente la utilización de *fact checkers* —la que puede producir una «ilusión de objetividad» (Burawoy, 2017)— o de registros oficiales para apoyar nuestras observaciones lo que nos lleva a hacer buena etnografía. Es más bien el compromiso con esas pequeñas interacciones y situaciones cotidianas las que muestran tanto el funcionamiento de las grandes estructuras de la sociedad como sus grietas, lo que da cuenta de la calidad de este tipo de aventura científica. Los méritos de las etnografías no tienen que ver con sus propuestas explícitas de políticas públicas, las que, por lo demás, parecen a veces ingenuas comparadas con las mismas situaciones que estas describen. Sus

¹ Es necesario también que los investigadores se tomen en serio su posición privilegiada como productores de representaciones sobre un «otro» y el carácter potencialmente abusivo de la investigación científica. Esta reflexión ha suscitado una gran cantidad de literatura, particularmente desde los estudios críticos y postcoloniales.

méritos residen más bien en el reconocimiento de la importancia de lo que ocurre a nivel micro, lo que, en barrios pobres o ricos, en el lado de explotadores o de explotados, permite entender, en toda su complejidad, las dinámicas sociales actuales. Quizá especialmente respecto a lo que ocurre con quienes sacan más beneficios de estas dinámicas, nuestra responsabilidad —más que (o además de) tener discusiones complejas sobre los fundamentos epistemológicos de nuestra práctica, propias a un *habitus* académico (Bourgois, 2002)— consiste en hacer estas etnografías.

Javiera ARAYA -MORENO
 Université de Montréal
 javieraarayamoreno@gmail.com

Referencias bibliográficas

- Benson, Michaela (2015). *On Goffman: Ethnography and the Ethics of Care*. Disponible en: <https://www.thesociologicalreview.com/blog/on-goffman-ethnography-and-the-ethics-of-care.html>, acceso el 17 de julio de 2018.
- Bourgois, Philippe (2002). «Ethnography's Troubles and the Reproduction of Academic Habitus». *Qualitative Studies in Education*, 15(4): 417-420.
- Burawoy, Michael (2017). «On Desmond: The Limits of Spontaneous Sociology». *Theory and Society*, 46(4): 261-284.
- Desmond, Matthew (2014). «Relational Ethnography». *Theory and Society*, 43: 547-579.
- Desmond, Matthew (2016a). *The Eviction Economy*. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2016/03/06/opinion/sunday/the-eviction-economy.html>, acceso el 17 de julio de 2018.
- Desmond, Matthew (2016b). *Evicted. Poverty and Profit in the American City*. New York: Crown Publishers.
- Goffman, Alice (2015 [2014]). *On the Run. Fugitive Life in an American City*. New York: Picador.
- Lewis-Kraus, Gideon (2016). *The Trials of Alice Goffman*. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2016/01/17/magazine/the-trials-of-alice-goffman.html>, acceso el 17 de julio de 2018.
- Lubet, Steven (2015). *Ethnography on Trial*. Disponible en: <https://newrepublic.com/article/122303/ethnography-trial>, acceso el 17 de julio de 2018.
- Lubet, Steven (2018). *Interrogating Ethnography. Why Evidence Matters*. New York: Oxford University Press.
- Martin, Isaac William (2016). *Academia on the Run?*. Disponible en: <http://www.booksandideas.net/Academia-on-the-Run.html>, acceso el 17 de julio de 2018.
- Ríos, Víctor M. (2011). *Punished. Policing the Lives of Black and Latino Boys*. New York: New York University Press.
- Ríos, Víctor M. (2014). «Book Review of On the Run: Fugitive Life in an American City by Alice Goffman». *American Journal of Sociology*, 121(1): 306-308.
- Senior, Jennifer (2016). *Review: In 'Evicted,' Home is an Elusive Goal for America's Poor*. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2016/02/22/books/evicted-book-review-matthew-desmond.html>, acceso el 17 de julio de 2018.